

**CELEBRACIÓN EN LARREA (ÁLAVA) EN HONOR DEL P. PÍO GONZÁLEZ DE HEREDIA ZUBÍA Y COMPAÑEROS MÁRTIRES DE VIACELI  
II DOMINGO DE ADVIENTO, 6 DE DICIEMBRE DE 2015.**

En el corazón del Adviento nos encontramos reunidos en esta encantadora villa alavesa para una celebración gozosa y de acción de gracias.

El gozo del Adviento y la acción de gracias por la fe manifestada hasta el martirio de un vecino de esta localidad y sus compañeros y compañeras cistercienses.

Se encuentran, pues, la fe, la esperanza y la alegría: las características propias del Adviento y la de las vidas de los mártires de Cristo.

Antes de nada debemos preguntarnos cuál es el núcleo de la vivencia del Adviento para los cristianos, al menos según nos lo van marcando los domingos antes de la Navidad:

- Recordar el pasado: celebrar y contemplar el nacimiento de Jesús en Belén. El Señor ya vino y nació en Belén. Esta fue su venida en la carne, lleno de humildad y pobreza. Vino como uno de nosotros, hombre entre los hombres. Esta fue su primera venida.

- Vivir el presente: Se trata de vivir en el presente de nuestra vida diaria la "presencia de Jesucristo" en nosotros y, por nosotros, en el mundo. Vivir siempre vigilantes, caminando por los caminos del Señor, en la justicia y en el amor.

- Preparar el futuro: Se trata de prepararnos para la Parusía o segunda venida de Jesucristo en la "majestad de su gloria". En el Evangelio, varias veces nos habla Jesucristo de la Parusía y nos dice que nadie sabe el día ni la hora en la que sucederá. Por esta razón, la Iglesia nos invita en el Adviento a prepararnos para este momento a través de la revisión y la proyección:

- Revisión: Aprovechando este tiempo para pensar en qué tan buenos hemos sido hasta ahora y lo que vamos a hacer para ser mejores que antes. Es importante saber hacer un alto en la vida para reflexionar acerca de nuestra vida espiritual y nuestra relación con Dios y con el prójimo. Todos los días podemos y debemos ser mejores.

- Proyección: En Adviento debemos hacer un plan para que no sólo seamos buenos en Adviento sino siempre. Analizar qué es lo que más trabajo nos cuesta y hacer propósitos para evitar caer de nuevo en lo mismo.

El primer propósito debe ser el de cuidar nuestra fe. Esta es una época del año en la que vamos a estar "bombardeados" por la publicidad para comprar todo tipo de cosas, vamos a estar invitados a muchas fiestas. Todo esto puede llegar a hacer que nos olvidemos del verdadero sentido del Adviento. Esforcémonos por vivir este tiempo litúrgico con profundidad, con el sentido cristiano.

De esta forma viviremos la Navidad del Señor ocupados del Señor de la Navidad.

Es el mensaje que nos transmiten los textos de este Domingo II de Adviento.

Nosotros estamos ahora aquí y podemos pensar que todas estas cosas son fantasías, "cuentos de Navidad", cosas para niños que esperan a los Reyes Magos...

Pero antes que nosotros ha habido muchas personas que también han escuchado estos textos, han participado en celebraciones del Adviento, han recibido el bautismo en esta iglesia y en otras muchas del mundo. Cada uno tomó en su vida el rumbo que quiso o pudo. Unos se olvidaron probablemente de lo escuchado. Otros lo gravaron con un cincel en su piel y en su corazón.

PÍO GONZÁLEZ DE HEREDIA Y ZUBIA recibió aquí la fe cristiana. Seguramente nunca se imaginaría en su infancia las consecuencias que le iba a traer esa fe. Nadie lo sabemos, nadie sabemos de qué forma se va a hacer presente el Señor Jesús en nuestras

vidas. Él también oíría y diría lo que tanto se repite en el Adviento: “¡Ven, Señor, Jesús!”. Posiblemente pensaría que la venida final de Jesús en su vida sería la de la Parusía, la del Señor investido de poder y majestad...

Vamos a ver qué pasó. Vamos a ver si las cosas de la fe y de la vida coinciden o no.

El P. Pío, nació en *Larrea*, en el municipio alavés de Barrundia y perteneciente a la Cuadrilla de Agurain-Salvatierra, el 16 de febrero de 1875. Fue bautizado al día siguiente con el nombre de Julián en la parroquia del pueblo dedicada a San Millán. Fueron sus padres Justo González de Heredia Gastaminza y Zeferina Zubia Ysasiasmendi, naturales de Larrea. Una familia numerosa de siete hijos: por orden de nacimiento, Francisco (1862), Nicasia (1865), Cándido (1867), María Dolores (1870), Joaquín (1872). Julián (Pío religión) sería el sexto (1875) y José Eusebio el último (1881).

Tal vez la cercanía de las monjas Bernardas de Barria y el trato con padres cistercienses que con relativa frecuencia visitaban el convento, y más concretamente un padre cisterciense exclaustro establecido en la diócesis de Vitoria, pudo ser la circunstancia en que la llamada de Dios entró en el corazón del joven Julián que así se llamaba antes de ingresar en el monasterio de Val de San José (Getafe) recién fundado. Fue el 29 de octubre de 1889, a los catorce años de edad. Todo un nuevo mundo para Julián.

Este monasterio fue fundado en 1889 en Aldehuela, al lado del río Manzanares. Unos 18 monjes del monasterio leridano de Bellpuig, junto con el prior y otros dos monjes, formaron la primera comunidad. El monasterio contaba en 1890 con unos cincuenta monjes, sin contar los veinte que habían llegado expulsados del monasterio francés de Divielle. Austeridad y gran pobreza era la atmósfera reinante. Julián supo sobrellevar aquel ritmo de vida y pudo tomar el hábito blanco de novicio cisterciense el 8 de diciembre de 1890. Dos años después profesaría como cisterciense. Cantor del monasterio y estudioso notable se pensó enviarle a cursar estudios en Roma, pero se prefirió que continuara en el monasterio. Siendo diácono fue nombrado maestro de novicios (1898).

Ordenado sacerdote sería nombrado después superior del monasterio (1913-1918). Contemplativo y trabajador incansable. Había estudiado el francés y tradujo al castellano varios textos de historia y espiritualidad cistercienses.

En 1918 dejaba el monasterio de Val de San José (abandonado en 1927) por el de Viaceli, o *Camino del Cielo*, de reciente fundación en Cóbreces, entre Santillana y Comillas, en la costa cántabra). Había sido fundado en 1903 con monjes provenientes del monasterio francés de Santa María del Desierto. Hasta 1906 no estaba terminado el monasterio como hábitat para los monjes; de estilo neogótico con planos netamente cistercienses, y totalmente terminado en 1912. De priorato pasaría a ser abadía, siendo su primer abad el francés de Tarbes Dom Fleché. En 1930 algunos monjes fueron a restaurar el antiguo monasterio de Santa María de Huerta en Soria, y en 1968 Viaceli restauraría el monasterio de Sobrado de los Monjes en la Coruña y en 1984 saltarían el Atlántico para fundar en la República Dominicana, Santa María del Evangelio.

El P. Pío comenzó dando clases a los Hermanos novicios y al año siguiente le fue encomendada la formación de los niños estudiantes. Sería de nuevo maestro de novicios (1920), cargo que desempeñaba al tener que abandonar el monasterio en 1936. Prior y maestro de novicios fueron los dos grandes servicios que prestó en el monasterio. Y en los dos dejó fama de santidad.

Al estallar la guerra civil española, Santander quedó a merced de las fuerzas llamadas revolucionarias. En el monasterio de Viaceli se encontraban sesenta monjes, cuya vida se les hacía insufrible día a día, al tener que disponer de las directrices del comité local del Frente Popular. El 20 de agosto, fiesta de San Bernardo, se les comunicó la orden

terminante de clausurar la iglesia del monasterio y suspender los cultos del coro. Tanto el abad, como el P. Pío, supieron afrontar valiente y religiosamente la situación. El 8 de septiembre tuvieron que abandonar todos el monasterio. El P. abad, francés, regresaba a Francia y el P. Pío se hacía cargo de la comunidad. Trasladados a Santander anduvieron de prisión en prisión hasta llegar al colegio de los salesianos, convertido en cárcel. Aliviados por la abnegada caridad de la familia Aldasoro y Gurtubay, pudieron dejar la prisión y vivir en casas particulares encontradas por D. Carlos Iruetagoiena y D. Valentín González en la persona de D. Enrique Millán, cuyas hijas cedieron incondicionalmente su piso y el de Dña. María Teresa Gutiérrez, pisos donde fueron a parar también las monjas Bernardas de Santander, expulsadas de su convento. Santander no era el lugar más seguro. Y fue Bilbao quien se abrió hospitalario para muchos de ellos en la persona de D. Julián Anía Capelastegi. El P. Pío prefirió quedarse en Santander con el grupo más numeroso y estar al lado de los novicios.

La primera detención en Viaceli había tenido lugar el 22 de julio. Tres fueron los detenidos y amenazados con ser fusilados (entre ellos el P. Roberto Larrinoa Heredia), robando todo lo que quisieron, sobre todo la fábrica de quesos del monasterio.

La segunda detención sería el 8 de septiembre. Los miembros de la comunidad eran unos 65, muchos de los cuales fueron abandonando paulatinamente el monasterio en busca de algún sitio seguro. La FAI, la CNT y los Centros Anarquistas de Santander hicieron que más de 35 monjes fueran trasladados a la capital. Y fueron encerrados en el colegio salesiano usado como cárcel provisional. Sólo 5 monjes quedaron en Viaceli, entre ellos el abad por ser francés. El P. Pío celebró la Misa a las 2 de la madrugada; el día anterior se habían confesado con él y les exhortó a la paciencia y a la confianza en Dios. Sin una queja ni mal humor.

La tercera detención fue la del grupo del P. Pío: 7 en total. Ante los dos primeros mártires había dicho: “Ya hay dos mártires de Viaceli en el cielo ¿no seremos dignos de tal gracia? Hemos de estar dispuestos a lo que el Señor disponga”.

A las cinco de la tarde del día 1 de diciembre fueron detenidos todos los monjes a consecuencia de un registro de la casa, y llevados a comisaría, de donde no se les vio salir más. Los 11 frailes trapenses del monasterio de Cóbreces, entre risotadas y escarnios les cosieron la boca y después les arrojaron atados al mar. Fue el día 3 de diciembre de 1936. El más joven 19 años; varios de 20 a 30 años; el P. Pío 61 y el mayor 68.

Los llevaron en coche hasta el muelle, allí los subieron a una barca en la que los condujeron hasta lo más profundo de la bahía, y allí los arrojaron al mar con un lingote para que no flotaran, y los brazos atados a la espalda. Después del día 3 el mar arrojó a la playa sus cadáveres.

Impresiona la edad tan joven de aquel grupo de fieles seguidores de Cristo. Eran la esperanza de una comunidad floreciente. Se convirtieron en temprana semilla sembrada en el surco evangélico de la vida entregada y fecunda al estilo de Jesús. He aquí sus nombres y edades: *P. Pío Heredia, de 61 años - P. Amadeo García, de 31 - P. Valeriano Rodríguez, de 30 - P. Juan Bautista Ferris, de 31 - P. Eugenio García, de 33 - P. Vicente Pastor, de 31 - P. José Camí, de 28 - P. Lorenzo Olmedo, de 48 - H. Álvaro González, de 21 - H. Marcelino Martín, de 23 - H. Antonio Delgado, de 21 - H. Eustaquio García, de 45 - H. Ángel de la Vega, de 68 - H. Ezequiel Álvaro de la Fuente, de 19 - H. Eulogio Álvarez, de 20 - H. Leandro Gómez, de 21 - H. Ildefonso Telmo, de 24 - H. Santiago Raba, de 26 - H. Bienvenido Mata, de 28 - M. Micaela Baldoví, de 65 - M. Natividad Medes, de 46* (del Monasterio *Fons Salutis* (Valencia).

El 23 de enero de este año 2015, el Papa Francisco aprobaba la beatificación de los mártires de la abadía de Viaceli en Cóbreces (Santander) y el día 3 de octubre de

este mismo año, a las 12 horas fueron beatificados en Santander, y al sábado siguiente hubo una celebración eucarística de acción de gracias en el monasterio de Cóbrecas a las 12 de la mañana. La fiesta litúrgica quedó establecida por el Papa Francisco en su Carta Apostólica para el 4 de diciembre.

Estos son los hechos. Así terminó su vida el niño Julián, nacido y bautizado en Larrea. Esa fue su vida y aquellos su hermoso, su comunidad, su trabajo. Decimos que fue un “mártir”.

Quizá podamos pensar que esto no despierta mucho interés. Ciertamente hubo muchos muertos en la Guerra Civil española. Hubo mártires, torturados, perseguidos, asesinados en muchos lugares, tristemente.

Pero no estamos aquí solo para recordar una historia. Para consolarnos o sentirnos avergonzados o culpables, sino para celebrar y reflexionar.

Lo que confiere dignidad a la existencia no es el centrarse en sí mismo, sino el descentrarse y estructurar la existencia en favor de los otros. Como hizo Jesús de Nazaret. El mártir lleva hasta el radicalismo la dinámica de la vida: la entrega total al otro como donación de la propia vida. Este gesto plantea indudablemente el problema del valor absoluto. Normalmente la vida se concibe como el valor supremo. Con el sacrificio de la vida por el martirio se apunta a algo superior a la propia vida. En otras palabras: la vida se ordena a algo mayor y más digno. ¿Es el otro? ¿Es la sociedad? La fe cristiana habla de Dios; el otro y la sociedad, por cuyo bien alguien se sacrifica, prolongan cualitativamente el mismo ámbito de la vida; por eso no son adecuadamente el valor supremo de la vida: el otro y la sociedad son sacramentos de Dios, el verdadero nombre del sentido supremo de la vida y de la historia.

El martirio muestra el carácter relativo de todo, incluso de la propia vida; relativo en un doble sentido: todo se refiere a un bien mayor en función del cual todo puede, y a veces debe, ser sacrificado; ante este bien mayor todas las cosas pasan a un segundo o tercer orden y son, por tanto, relativas. El mártir apunta (por eso es un sacramento) en una dirección en la que el lenguaje que habla de lo absoluto puede ser significativo.

El mártir, por su gesto valiente, se hace sacramento de la verdad. Plantea unos interrogantes. El mártir es un sacramento eficaz, productor de verdad para la Iglesia. La Iglesia tiene mártires, que son su gloria. Pero siempre que un cristiano, por seguir a Cristo, se compromete de tal forma que es llevado al martirio, produce credibilidad para la Iglesia. Más aún: produce sustancia eclesial, en el sentido de que una Iglesia es solamente Iglesia de Cristo en la medida en que está dispuesta a vivir de manera que considere normal participar del mismo destino del mártir Jesucristo. El mártir proclama la verdad de la Iglesia de Cristo y manifiesta la santidad de Dios comunicada a la Iglesia. La Iglesia es santa a causa de sus santos.

¿De dónde sacaron estos monjes cistercienses fuerza y valor para mantenerse firmes? Muy posiblemente no de sus propias virtudes y cualidades personales –ninguno era un héroe ni “santo” antes del martirio–; pero lo que sí parece cierto es que encontraron esa fuerza en la aceptación de su vida monástica tal cual les tocó vivir, aceptando la fuerza oculta pero real que aporta la comunidad de hermanos, la dedicación a unos valores que, aunque a veces difíciles de cumplir, nunca dudaron de su validez, la fortaleza y seguridad que da la amistad fraterna y proporciona la experiencia de los más antiguos... el cultivo de una interioridad que se madura en la meditación y en la oración. Eso es lo que demuestra su “pasión” y lo que se refleja en las celebraciones habidas y es lo que trasciende a quienes hemos participado en ellas.

Estos monjes fueron mártires no por el dolor de sus sufrimientos o la crueldad de su muerte, sino por la pérdida de la subjetividad que encierra a la persona en sí misma, en sus creencias, valores o posturas. El mártir se hace mártir cuando abarca en su pobre vida el misterio de la auténtica vida en la entrega y el amor, por eso muere reconciliado con su perseguidor o asesino, perdiendo así la dimensión inmediata de las cosas para encontrar una vía de trascendencia que no puede entender ni alcanzar quien se haya mediatizado por lo sensible de este mundo, por lo inmediatamente sensible, por lo que no es más que las consecuencias de las limitaciones humanas.

Supieron reconocer a Cristo cuando llegó porque habían sido fieles “en lo poco” de cada día, encontraron la fuerza porque habían sido fieles cada día, no les asustó la muerte porque sabían lo que habían atesorado en su alma cada día... y no habían atesorado nada para este mundo. Herodes, como todos los violentos de este mundo, tienen miedo, quieren seguridad, poder, dominar a los demás... y esa es su debilidad, su fracaso, su perdición. Jesús sí vino con “poder y majestad” a la vida de unos pobres monjes que marchaban alegres a la muerte y perdonando a su verdugos. Les asesinaron por lo que eran, no por lo que hicieran y tuvieran. Sus asesinos no sabían que con su odio estaban regando semillas de nuevos y más valentes cristianos. Esos cristianos que siguen fieles a su fe en todo el mundo, que se desviven por los demás, que siguen creyendo en Jesús y entregando su vida, ayer, hoy y mañana.

Los mártires configuran los cimientos y nervadura de la Iglesia, son un ejemplo. Por eso no les debemos olvidar ni ignorar; porque marcan el camino a nuestra fe, a nuestra entrega, a nuestra esperanza, a nuestra alegría de sabernos discípulos y seguidores de un “príncipe de Paz” que quiere que todos los hombres vivamos en fraternidad y concordia.

Como se decía al principio, debemos “cuidar nuestra fe”, debemos protegerla, cuidarla, y así nos haremos fuertes ante el mal, la violencia y el desamor de este mundo.

Que los mártires que hoy recordamos y celebramos nos ayuden a ello.

*Francisco R. de Pascual, cisterciense de la Abadía de Viaceli,  
Larrea, 6 de diciembre de 2015.*